

## ¿Paz de Verdad?

Por Eduardo Posada Carbó\*\*

En su análisis sobre los frustrados diálogos en Caracas con la guerrilla durante la administración Gaviria en 1991, Jesús Antonio Bejarano reflexionaba sobre una de las aparentes discrepancias de fondo entre las partes. No era, pues, una discrepancia marginal. Bejarano, sin embargo, señalaba con cierta cautela que allí "probablemente" subyacía "un concepto diferente de la negociación". Según Bejarano, esta discrepancia se expresaba en el distinto lenguaje utilizado por el gobierno y la coordinadora guerrillera. Mientras que el primero entendía el propósito de la negociación como "la superación del conflicto armado", la segunda buscaba la "superación de los problemas del país" (*Una agenda para la paz*, Bogotá, 1995, p. 98). Casi una década después, ¿ha desaparecido tal discrepancia en el actual proceso de paz? Si tal es el caso, ¿tiene claridad la opinión pública nacional sobre el significado de la redefinición de la paz? Y más aún: ¿qué efecto tendría en la conducta de las negociaciones el que "la superación del conflicto armado" hubiese dejado de ser entonces el objetivo central y último de la paz?

Una de las novedades del actual proceso de negociaciones entre el gobierno y la guerrilla, como lo advirtió Jorge Orlando Melo, ha sido el de redefinir precisamente las metas de la paz: lo que las partes quieren determinar ahora es "un nuevo modelo social" ("La paz: ¿una realidad utópica?", *Semana*, diciembre 13 de 1999). En esto, el gobierno ha sido claro. E insistente. Solo se necesita una breve revisión de los discursos del Presidente Andrés Pastrana para comprobarlo. Así lo intenté mostrar en días pasados en estas páginas ("La paz: ¿no es acaso el silencio de los fusiles?"). Y, por supuesto, tal ha sido el planteamiento tradicional de la guerrilla. Raúl Reyes, uno de los líderes de las

Farc, lo expresó en un lenguaje que no deja dudas: "La paz no es solo el silencio de las armas, tampoco el fin de los enfrentamientos militares" (*El Tiempo*, noviembre 7 de 1999). Y en una entrevista en el diario español *El País*, Reyes expresó que la gira de la mesa negociadora por Europa en febrero del año pasado sirvió para hacer "conciencia de que lo que se está buscando... no son la desmovilización y entrega de armas, sino la solución a fondo de los problemas, social, económico y político del país" (02/03/00).

"Solución a fondo de los problemas": ésta es la definición de paz en boga, aceptada hoy por el gobierno. Bajo esta nueva definición, la "superación del conflicto armado" sería secundaria. Habría que examinar con mayor detenimiento cómo, bajo qué circunstancias e influencias, el Estado terminó por aceptar esa definición maximalista de la paz expuesta por la guerrilla. Por lo pronto, importa advertir que un número significativo de líderes de opinión, desde distintos sectores de la sociedad - políticos, empresarios, sacerdotes e intelectuales -, se han dedicado también a difundir ese mensaje que hizo carrera: "la paz no es solo el silencio de los fusiles". Veamos.

En abril de 1997, el partido conservador publicó su "propuesta marco para un proyecto de paz permanente". Allí se decía: "el conservatismo considera que la búsqueda de una paz permanente... debe ser más ambiciosa que el deseo limitado, aunque legítimo, de superar el conflicto armado" (*Paz de verdad*, Bogotá, 1999, p.12). Como si "superar el conflicto armado" no fuese lo suficientemente ambicioso, el conservatismo propuso allí una paz que debía ser, "ante todo, un gran proyecto de construcción de la identidad nacional y de la cohesión social". La "propuesta marco" de los conservadores reconocía que tan ambicioso proyecto requería como condición "superar el conflicto armado, dismantelar las redes criminales del narcotráfico y la subversión, desmontar las organizaciones paramilitares, controlar la delincuencia común y combatir la

corrupción". Pero insistía en unas ambiciones aún mayores: "la paz es mucho más. Es ante todo un proyecto de reconstrucción de la sociedad en su conjunto".

Es posible que detrás de la propuesta conservadora se encuentre la influencia de los prelados de la Iglesia católica. En el prólogo al documento conservador, Fabio Valencia Cossio - entonces presidente del directorio nacional del partido -, expresó que dicha propuesta no pretendía nada distinto de apoyar la tarea que sobre el tema cumplía la Comisión Nacional de Conciliación de la Conferencia Episcopal Colombiana. La noción de "paz integral" parecería tener allí fuertes defensores y publicistas. Al concluir la Asamblea Episcopal Colombiana el 9 de julio de 1999, el presidente de la Conferencia, monseñor Alberto Giraldo, repetiría esa definición que hoy es ya un lugar común: "la paz... no es solo el resultado de la negociación del conflicto. Es algo integral que no puede ser ajena a la justicia social". Y el mensaje de los obispos se resumía así por el redactor de *El Tiempo*: "la negociación del conflicto armado... es apenas un granito de arena para alcanzar la paz del país" (10/07/99).

El lenguaje de la "paz integral" no es exclusivo de conservadores, obispos, gobierno y guerrilla. Un lenguaje similar se encuentra entre prestigiosos economistas, como Luis Jorge Garay. En una entrevista reciente, *El Tiempo* resumía sus ideas en los siguientes términos: "así se negocie con la guerrilla no habrá paz en Colombia" (14/04/99). Garay hacía énfasis en la "verdadera paz social", fruto de un nuevo contrato social que erradicaría problemas supuestamente más importantes que el conflicto armado. En otro documento, Garay ofrecía su definición de "la verdadera paz": "la construcción de una sociedad regida por una democracia política y social" (en H. Gómez Buendía, ed., *¿Para dónde va Colombia?*, Bogotá, 1999, p. 245). Destacados dirigentes gremiales y empresarios han abrazado con entusiasmo este mismo lenguaje. León Valencia nos dice que se llevó "una sorpresa", al parecer muy grata, en una

conferencia que tuvo lugar en Paipa hace un par de semanas (*El Tiempo*, 17/02/01). Allí un "nutrido grupo de líderes empresariales"...proclamó "sin ambages que el país no solo exige el silenciamiento de los fusiles sino también una reorientación en todos los órdenes... de lo que se trata es de construir una economía, una Nación, unas regiones".

Esta retórica sobre la paz debería merecer mayor atención sistemática en varios aspectos. Ante todo, habría que examinar el impacto de la noción de la "paz integral" en la posible prolongación de la guerra. En ese lenguaje insistente, que nos repite casi a diario que la paz es algo más ambicioso que el "silencio de los fusiles", ¿no están acaso las mismas palabras sugiriendo que la superación del conflicto armado es un problema secundario, o de menor importancia? Recordemos el mensaje de los obispos: frente a la paz integral, la negociación del conflicto armado "es apenas un granito de arena". No es éste, pues, un simple ejercicio semántico. Dicho lenguaje estaría reflejando el ritmo y la orientación del proceso de negociaciones. O se acuerda la paz primero, y, ya civilizadamente y en democracia, se discuten entonces las posibles soluciones a los problemas del país. O se resuelven de antemano los problemas nacionales y sólo después podríamos esperar acuerdos para que se desarme el conflicto.

Según la retórica dominante, - es necesario subrayar - lo que se busca en el proceso de paz es acordar un nuevo modelo de sociedad. Aquí surge una segunda serie de grandes interrogantes, relacionados con las perspectivas de la democracia en Colombia. Porque la "verdadera paz" que se nos propone - esa nueva sociedad utópica - exigiría quizá unos niveles de consenso imposibles de alcanzar en sociedades pluralistas, organizadas bajo criterios democráticos. Habría que examinar, finalmente, qué tanta acogida tiene entre los colombianos esa definición de paz a la que nos tienen sometidos gobierno y guerrilla, líderes religiosos y de empresa, políticos e intelectuales. No conozco encuestas de

opinión al respecto. Pero sospecho que, interrogados sobre el tema, la gran mayoría de los colombianos estaría más bien de acuerdo con una básica noción de paz, esta sí realmente ambiciosa: ¡Que cesen los disparos, las muertes, las masacres, los secuestros! ¡Que se respete el derecho a la vida! ¿O no es "la paz de verdad" el silencio de los fusiles?

\*\* Eduardo Posada Carbó es asesor permanente de la Fundación Ideas para la Paz. Sus artículos quincenales son elaborados especialmente para nuestras redes de información. Posada Carbó es abogado con especialización en ciencias socio-económicas de la Universidad Javeriana, master en estudios latinoamericanos y doctor en historia moderna de la Universidad de Oxford. Es autor y editor de varios libros y ensayos. En la actualidad es Senior Lecturer del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres y columnista de El Tiempo.

? Este es el sexto de una serie de artículos en los que se examina el lenguaje que domina hoy el análisis político en Colombia y sus efectos en el proceso de paz.